

Entre la fronda y sus raíces

El tronco común de las sociedades rancheras de México

Esteban Barragán López*

Introducción

La representación oficial del mundo rural mexicano ha girado en torno a tres polos: la "hacienda" (los grandes propietarios, importantes ganaderos y empresarios agrícolas), los "peones" dependientes de ésta, posteriormente convertidos por el Estado en ejidatarios, y las siempre tan presentes como desdenadas "comunidades indígenas".

En retroalimentación con esa representación oficial, la tradición universitaria ha puesto a la comunidad agraria (hacendaria, indígena y ejidal) en el centro de los estudios rurales en México. Con toda la validez que tal elección pueda tener, no alcanza a justificarse el que los rancheros —quienes no pueden ser definidos en referencia al latifundio, a la comunidad indígena ni al ejido, tampoco al proletariado, la clase media ni a la burguesía rural— continúen fuera —o en el límite— de los campos convencionales de las ciencias sociales. La falta de una visión más cabal sobre el conjunto de actores que conforman las sociedades rurales del país, y de sus diversas y entrelazadas dinámicas, ha conducido a una esquematización demasiado rígida: como los rancheros no tienen cabida cómoda allí, pero tampoco pueden pasar totalmente desapercibidos, han sido atados a

uno o a otro de los destinos anunciados por los investigadores a las sociedades campesinas universales.¹

Paradójicamente, las nociones de ranchos y de rancheros, con todas las contradicciones y ambigüedades que presentan, remiten siempre a una especificidad frente al universo campesino; en el caso de México, al mundo de los indígenas, de los ejidatarios y de los jornaleros agrícolas. Esta especificidad de lo llamado "ranchero" aflora en todos los ámbitos: en el imaginario colectivo, en la canción popular, en el sentido común... y hasta en los menús de los restaurantes. En fin, impregna a toda la sociedad y cultura mexicanas, desbordando no sólo los elásticos límites del medio rural, de las regiones y del país, sino también los rigurosos límites de los modelos creados para su interpretación.

Hasta muy recientemente, los rancheros habían sido tratados —en los excepcionales casos en que fueron advertidos— como simples actores, personajes ambiguos y coloridos, productores agropecuarios independientes, pequeños, medianos y hasta grandes propietarios privados —según las diversas connotaciones regionales en el país. Atendiendo a la predilección de alguna de las anteriores etiquetas, se les pegaba su complementaria: campesino, clase media rural, burguesía agraria y hasta oligarquía regional. Obviamente eran perspectivas que no permitían ir más allá de clasificaciones y descripciones que, al intentar compararlas, conducían a notorias contradicciones.

* El Colegio de Michoacán.

Si bien, un rasgo definitorio –por antiguo y de gran permanencia– de los rancheros ha sido la ocupación efectiva y la apropiación privada de la tierra en zonas de frontera a su llegada (así como el aprovechamiento de ésta en la cría extensiva de ganado, ganándose por ello la etiqueta de clase media rural), aquí se propone que lo que en verdad define al ranchero no es ya únicamente su relación con la tierra ni su estatus social, sino su pertenencia a una sociedad ranchera; es decir, a una socialización peculiar inculcada en el apartado mundo de los ranchos o dentro de sus parámetros.

Abordados “en sociedad”, como presumiblemente lo han estado desde hace varios siglos, se puede evidenciar que los rancheros conforman grupos humanos específicos: con rasgos propios, estructurados en torno a una organización económica, a relaciones de sociabilidad, representaciones colectivas e identidad también propias; aspectos que los diferencian claramente no sólo de los ciudadanos, sino también de los otros componentes (población indígena y ejidatarios netamente) del México rural.

El cambio de perspectiva que aquí se propone intenta ampliar el marco interpretativo de las sociedades rurales en general y de las rancheras en particular. De estas últimas, da cobertura a realidades concretas y disímiles tales como rancheros sin tierra dentro, y aun ya fuera, de los ranchos de origen, a grupos de extracción ranchera que poseen tierras bajo regímenes de tenencia distintos a la pequeña propiedad, o en combinación con ella, como lo son el ejidal y el comunal así como a los variados sectores productivos en los que han logrado incursionar los rancheros. Se propone además la existencia de un tronco común, en esta conformación sociocultural, que sostiene y da coherencia a un conjunto de ramificaciones cuya frondosidad oculta cada vez más la profunda raíz que le da sustento.

Este tronco se definió en las relaciones mantenidas por los rancheros con los otros componentes de la sociedad nacional y con el espacio geográfico al que, en dicha relación, fueron teniendo acceso. Pese a la dispersión geográfica y al relativo aislamiento en que surgieron, y en el que siguen permaneciendo aún muchos rancheros, éstos formaron sus sociedades en paisajes similares y en condiciones vecinas que se inscriben en un vasto proceso –aún inacabado– de conquista, de colonización y de integración (de los espacios periféricos en su momento) del territorio nacional.

Este proceso llegó a marcar un perfil lentamente fraguado, duradero y distintivo de las sociedades

rancheras: relegación a las tierras flacas de lóbregos rincones geográficos, más favorables para la ganadería que para la labranza; provisionalidad y dispersión de sus asentamientos; organización para la producción basada en el trabajo “a partido” (principio de la aparcería o mediería establecida con los “avecindados” en sus terrenos) y en el arrendamiento; estratificación social interna con claras regulaciones; economía básicamente ganadera pero capaz de múltiples adaptaciones y combinaciones con otras actividades; rusticidad (o capacidad de adaptación); condición movediza y expansiva; mentalidad independentista y de autosuficiencia; la parentela como referente social... En fin, estas sociedades responden a procesos de socialización y visiones del mundo cuya base descansa en un conjunto de valores y normas culturales inherentes al papel marginal que han desempeñado a lo largo de la historia de México. De ahí su “otredad” respecto a los demás componentes socioculturales de la población mexicana.

La reconstrucción de los grandes rasgos de ese supuesto tronco común todavía presente, concretamente o diluido, en los grupos sociales que hoy pueden reconocerse como rancheros, permite evidenciar la formación, funcionamiento, reproducción y mudanzas de las sociedades rancheras. De esta manera, las recomposiciones que actualmente presentan estas sociedades, pueden interpretarse como continuidades de un mismo proceso, tanto en la evolución espontánea de las estructuras económicas y sociales rancheras, como en sus hibridaciones e injertos ocurridos en la apertura incesante de nuevos frentes de colonización, en dirección, esta vez, a los Estados Unidos, a las regiones de agricultura intensiva y a las ciudades mexicanas.

“Puntas de lanza” en el proceso de conquista y colonización

Desde la perspectiva propuesta, vemos surgir a los rancheros como grupo social específico desde el siglo XVI, cómo se refuerzan y extienden su empresa paralelamente al proceso de conquista y de integración territorial del espacio nacional, antes de desaparecer –en algunos casos– absorbidos por la expansión de una sociedad nacional que ellos contribuyeron a construir. Los rancheros constituyen así la precaria

vanguardia de un movimiento de colonización espontáneo, e inacabado aún, y pueden ser caracterizados por su posición periférica, respecto a los grandes movimientos registrados en la historia de México: primero —a la cola o en los flancos de los grandes ejércitos, al lado de los misioneros, en olas tardías de migración europea y posteriormente por expansiones sucesivas internas—, los rancheros se establecieron en los márgenes de las minas, de los monasterios, de las comunidades indígenas y de las haciendas; después, ahora, en los márgenes de las plantaciones, de los ejidos, de las zonas de riego y de los centros urbanos.

Esta marginalidad explica ampliamente que todavía los rancheros se encuentren esencialmente en regiones serranas o semi áridas, aisladas y débilmente pobladas. Aislamiento y dispersión de la población encuentran un corolario en la organización productiva característica de las sociedades rancheras: la ganadería, actividad dominante, está asociada al cultivo itinerante de maíz (generalmente a cargo de medieros vecindados en los terrenos del rancho) así como al policultivo y pequeñas ganaderías rústicas destinadas al autoconsumo doméstico. El aislamiento y la práctica de una agricultura extensiva pueden explicar el hecho de que las sociedades rancheras estén marcadas por una fuerte movilidad social y geográfica de sus miembros: múltiples presiones se ejercen sobre los rancheros para abrir nuevos frentes pioneros o emigrar hacia los EE UU o hacia ciudades mexicanas.

Estas bases sobre las que se han formado y reproducido las sociedades rancheras, tienen profundas raíces en el papel de bisagra que han desempeñado a lo largo del proceso histórico respecto a las instituciones y demás componentes de la sociedad nacional. Son huellas que desde la conquista empezaron a imprimir la sociedad y el territorio mexicanos y que de alguna manera siguen presentes.

Lógicamente, en la mayoría de referencias a la conquista y colonización de México, la atención se ha centrado en las desenfundadas arremetidas sobre las tierras indígenas, desocupadas o no, efectuadas por los dirigentes del proceso: militares, encomenderos, funcionarios virreinales, órdenes eclesiásticas, comerciantes y flamantes mineros españoles, criollos, mestizos y caciques indios.² Sin embargo, al mismo tiempo no podemos olvidar que los procesos de conquista y colonización fueron mucho más complicados: la conquista no se limitó al control de los grandes centros de poder económico y político; la colonización no sólo se asentó en el dominio de las

vías de comunicación y de las tierras más planas y fértiles...

Por ende, la conquista fue y sigue siendo también sigilosa, lenta y anónima al tratar de integrar al territorio sus rincones más apartados, sus regiones más distantes y sus tierras más flacas; la colonización no fue menos radical cuando logró anexar y ocupar en forma definitiva extensas áreas que por su aislamiento o sus características no podían integrarse en las grandes dinámicas económicas del momento. Requirió de avanzadas que frecuentemente fueron alcanzadas —en parte absorbidas, en parte relanzadas— por el empuje de los mentores del proceso, que se internaban en las más abruptas serranías y en el olvido nacional.

Retomando este proceso desde su origen, encontramos que en el occidente de la Nueva España y en su expansión al Norte se fueron constituyendo las bases de las que posteriormente devendrían sociedades rancheras. Su expansión siguió a la del ganado. "La ganadería acarreada por los españoles, a partir de 1545, invadió los llanos del norte, las llanuras costeras y los lomeríos de tierras occidentales".³ Se ha reconocido que "gracias a la ganadería vacuna, extensiva, ambulatoria y a veces montaraz, hombres a caballo se metieron en los más ocultos paisajes del Occidente"⁴ y penetraron en tierras sólo recorridas por los nómadas del Norte.⁵

Detrás de la espontaneidad que puede caracterizar a estas expansiones, detectamos la influyente presencia de esos mentores ligada a las instituciones militares y eclesiásticas. Es bien sabido que los primeros contingentes de conquistadores del norte⁶ se componían de "... aventureros y buscadores de plata empedernidos, de oscuros soldados que apenas pacificaban un lugar retomaban las alforjas para ir en pos de nuevos descubrimientos [...] Siguiendo la ruta abierta por las minas, hicieron su entrada los capitanes-administradores, los misioneros y agricultores"; enseguida van apareciendo, de nuevo, los grupos de labradores españoles a lo largo de los caminos.⁷

Ante las dificultades que se presentaban para la extradición de plata —el peligroso y complicado tráfico por los caminos y la difícil vida de los mineros debido a "las depredaciones" de los chichimecas—, se responde con la política de fundar presidios y pueblos (concentraciones de población española), con vecindario armado a lo largo de las rutas. Se constituyeron así núcleos de población de campesinos-soldados en la frontera del territorio chichimeca, para proteger las vías y evitar que los indios nómadas se

apoderaran del metal extraído. El poblamiento de tales guarniciones estuvo acompañado del reparto simultáneo de tierras cortas y derechos de estancia para esa población española.⁸

Al establecer el sistema de presidios, los soldados que componían la guarnición tuvieron que dedicarse a la agricultura –o a enseñar a los indígenas de las cercanías los rudimentos de ella– para poder subsistir en lugares tan remotos y continuamente hostilizados. Esta capacidad para permutar actividades con rapidez y habilidad fue una de las características de los hombres de frontera. Gracias a ello, los presidios promovieron en varios casos la ocupación del suelo, introdujeron semillas y técnicas agrícolas y bajo su protección se desarrollaron centros agrícolas y ganaderos de importancia.⁹

En torno a ellos rondaban los vaqueros, los aventureros, los hombres “suelos”, los que todavía andaban en busca de un pedazo de tierra que les permitiera un asentamiento menos fugaz.

Por otra parte, deseos de frailes, encomenderos y oficiales reales por congregarse a los indios dispersos en pueblos de traza europea cerca de los monasterios se convirtieron en imposición legal amparada en órdenes reales de 1551, 1558, 1605. La consecuencia de esas disposiciones fue la desaparición de millares de asentamientos indígenas, demolición de sus capillas y quemaduras de sus casas, a fin de que no regresaran de aquellos 30 distritos de congregación en los que tuvieron que construir sus propios pueblos.¹⁰ “Los españoles adquirieron los abandonados emplazamientos de los pueblos con sus campos, bosques y aguas, y los convirtieron en haciendas”.¹¹

Debido a que muchas de esas superficies no podían ser explotadas directamente por los nuevos propietarios, buena parte de ellas, empezando por sus orillas, eran dejadas en manos de administradores, arrendatarios, medieros, vaqueros: todos miembros de las nacientes sociedades rancheras. De tal manera, los miembros de estas sociedades llegaban vinculados a los terratenientes españoles y a sus instituciones por una parte, y por la otra quedaban en contacto permanente con las poblaciones indígenas vecinas. Aprovechando el poder del gran propietario, iban allí ocupando un campo que en el futuro iba a ser arrebatado de las manos de los indios o bien por el latifundista o bien por el propio ranchero.

Observando el impacto que tuvieron esas políticas de asentamientos humanos (fundaciones y congregaciones), se ha afirmado que “... en la primera

mitad del siglo XVII, la Nueva España en cierto sentido se urbanizó, con ciudades y villas españolas compactas y pueblos indios hispanizados separados por vastas extensiones de tierras deshabitadas, modelo visible hasta hoy ...”.¹² Con todo el peso real que puede desprenderse de ese esquema, dicha interpretación no toma en cuenta los grupos dispersos que sobrevivieron en algunas sierras, compuestos tanto de indígenas no congregados como de criollos, mestizos, mulatos libres y demás población (castas) que al paso del tiempo se fueron más o menos fundiendo en sociedades peculiares y altamente homogéneas: las sociedades rancheras.¹³

Siguiendo su devenir histórico, es de señalar que ya para el siglo XVIII los rancheros son más y están en todos los frentes de conquista y colonización; su papel es prácticamente el mismo e igualmente poco advertido. La organización del territorio, y la localización de las actividades económicas, parten del núcleo formado por las minas y las ciudades-mercado; éstas se encuentran rodeadas por las

... gruesas estancias de ganados y buenas unidades y labores, todas de riego y muy aventajado que llevan a vender a la ciudad; [...] en sus cercanías, y a lo largo de los caminos de interconexión, el tercer anillo, formado por las haciendas modestas que se confunden con ranchos grandes, empieza a quedar desdibujado entre las orillas planas donde se instalan sus fincas –casco– y los pie de montes o los terrenos áridos; en las partes más aisladas y quebradas de dichas haciendas, así como en los lóbregos huecos que iban quedando entre éstas y los territorios indios, en las cercanías o a lo largo del camino de Tierra Adentro, se encuentra el desparramo de un gran número de pequeños ranchos.¹⁴

Como lo hemos venido evidenciando, la formación de la sociedad ranchera cobra sentido al ser vista a través de las relaciones y posiciones que ha mantenido a lo largo de la historia con el resto de la sociedad; principalmente con la hacienda (en su momento), la Iglesia y las comunidades indígenas (abarcadas todas, desde luego, por las políticas de Estado). Con la hacienda siempre estuvo en un estira y afloja por el acceso a la tierra, por la producción y por los mercados; con la Iglesia han marchado siéndole fieles hasta donde humanamente es posible, económicamente rentable y socialmente visible; con las comunidades indígenas, la historia ha sido de “deslizamientos” de los rancheros (como lo será después con las ejidales) sobre los territorios de aquéllas.

Frente al Estado siguen los intercambios de disimulos con encuentros y desencuentros más o menos bruscos según las controvertidas orientaciones de las políticas de cada tiempo (el encuentro más brutal ocurrió en la Cristiada). Lo que en todo caso se convierte en un rasgo definitorio es la flexibilidad de estas sociedades rancheras, su capacidad de adecuación a las diversas situaciones económicas y políticas vividas: la tendencia es acomodarse a ellas antes que enfrentarlas abiertamente.

Dinámica socio-espacial: deslizamientos hacia la periferia

De hecho, tanto en la Colonia como durante el primer siglo del México independiente, el Estado fomentó y protegió la constitución de latifundios. Los proyectos del Estado por impulsar la pequeña propiedad tuvieron poco o ningún éxito. Las extensiones territoriales que la ley española consideraba "bienes de la Corona" y la ley mexicana "bienes de la Nación" fueron a parar una y otra vez a manos de los latifundistas.¹⁵ Los rancheros, sin embargo, siempre le disputaron al latifundio, con cierto éxito y por cuenta propia, sus orillas, desde donde llegaron a multiplicarse y prosperar. Aquellos ubicados en campos mejores sufrieron la expansión de la hacienda que vino a empobrecerlos y a empujarlos a la periferia.

En su largo e inacabado proceso de expansión y consolidación, las sociedades rancheras echan mano de las mismas bases en las cuales apoyaron su formación: en alianza con los mentores del proceso de colonización del territorio nacional, o bien movido en forma espontánea por el interés propio, el ranchero ha tenido que integrar por cuenta propia su marginalidad y aislamiento.

En su doble confrontación, tanto con los grandes terratenientes por un lado como con las sociedades indígenas por el otro, el ranchero no puede contar con el apoyo infalible de las grandes instituciones que componen la sociedad global. Su tenacidad, su flexibilidad y su capacidad de adaptación (que según la ocasión puede manifestarse como indiferencia, alianza, resistencia, acomodo...) son sus principales fuerzas. La lucha solitaria, por propia cuenta y riesgo, es también antigua y los acompaña hasta el presente. La mayoría de los rancheros quedaron

fuera tanto de las dotaciones de tierras oficiales efectuadas en la Colonia y en el siglo XIX, como de las dotaciones oficiales de tierra posteriores a la Revolución. En el primer caso, dichas dotaciones territoriales vinieron más a conformar la gran propiedad que a reconocerle a sus "dueños naturales" (indios) u ocupantes permanentes (rancheros) sus derechos; los latifundistas recibieron del poder público buena parte de sus tierras como gracioso donativo o mediante pagos casi simbólicos: pudieron adquirir a precios muy baratos las tierras de las comunidades y las de la Iglesia y, redimir sus cuantiosas deudas con ésta, en condiciones favorables.¹⁶ Una nueva capa de terratenientes surgió entonces de las filas de los generales liberales, funcionarios y clase media de las ciudades. En el segundo caso, las dotaciones se ofrecieron con una lógica y para un "campesinado" ajenos al universo ranchero, incluso muy a contracorriente de éste. Con todo es de notar que las sociedades rancheras se expandieron y que han encontrado siempre los mecanismos para acceder a la tierra —a la marginada en su momento— e imprimir en sus dominios territoriales una marca profunda de sus reglas de sociabilidad.

En el siglo XIX y aún en el XX, se redobló la búsqueda de terrenos disponibles, baldíos, en renta o en compra-venta. Como ya se señaló antes, algunos los encontraron en los mismos lugares que venían arrendando, o cerca de éstos, gracias a la agonía de los latifundistas que buscaban remediar su situación vendiendo sus "extremidades"; otros más fueron hacia zonas de débil reclamo para ensancharse a costa del estrechamiento del territorio de los indígenas.

Tal vez de mayor cantidad y significación es el contingente formado por "rancheros sin rancho". Por aquellos que, sin esperanza de trascender su condición y bajo las presiones de la hacienda y de la misma sociedad en su lugar de origen, con la ventana cultural abierta hacia la emigración y con el apoyo de densas redes familiares difusoras de oportunidades, se van escurriendo lentamente, con escalas geográficas y generacionales, desde las zonas planas o valles (centros), hacia lugares más escarpados, insalubres y vacíos (periferia). Éstos son entonces frentes de colonización e incluso de conquistas tardías puesto que dichos territorios no eran siempre del todo "vírgenes".¹⁷

En el debate de linderos con las comunidades indígenas, el carácter esporádico y parcial de la apropiación individual del espacio, junto con la debilidad frecuente de la propiedad colectiva que evi-

dencia la casi ausencia de reglamentación del acceso a los recursos comunitarios, implican que la resistencia de los grupos indígenas a los intentos de despojo dependan de una respuesta colectiva generalmente difícil de lograr en comunidades no siempre unidas.

Por otra parte, la organización comunitaria proyecta la imagen de un espacio virtualmente infinito. El régimen de tenencia comunal, al impedir las transacciones sobre la tierra y la contratación de medieros, limita estrictamente las posibilidades de acumulación: la simple membresía de la comunidad asegura así a todos sus miembros un derecho de desmonte. En contraste, la organización ranchera conlleva una pronta saturación del espacio: las tierras no cultivadas no tienen la función de reserva territorial; la apropiación individual y la práctica corriente de la mediería abren un potencial de acumulación virtualmente ilimitado. Las sociedades rancheras pueden así caracterizarse por un sentido agudo de la propiedad y una marcada propensión a extenderse en el espacio geográfico mientras ello sea física y socialmente factible: mientras haya suficiente tierra a la que puedan acceder así como individuos dispuestos a tomarla "a partido".

Vigencia de la organización ranchera originaria: las sierras del oeste mexicano

Si bien se puede asegurar que en casi todo el país existen elementos de organización y de cultura ranchera, éstos van sufriendo transformaciones significativas al paso del tiempo, sobre todo, por el grado de integración espacial a la dinámica socioeconómica y cultural del país. En este sentido podemos distinguir distintos escenarios con más o menos rasgos de la organización ranchera originaria. Uno de estos escenarios se localiza —sin agotarse— en las sierras de ocupación mestiza del occidente de México: vertientes de la Sierra Madre Occidental y del Sur, así como las del Eje Volcánico. Entre los pliegues de dichas sierras, en sus reducidas mesetas, estrechas lomas y profundas hondonadas, encontramos verdaderos santuarios rancheros: minúsculos, aislados y dispersos núcleos de población mestiza, al margen de la infraestructura y de los servicios de patente gubernamental.

Una lectura somera de los paisajes rancheros serranos permite identificar los dos componentes claves de la organización productiva de esta sociedad: ganadería mayor y cultivo del maíz. Aparentemente el maíz desempeña el papel fundamental en el ordenamiento del espacio: cultivado con el sistema de roza, tumba y quema, deja en el paisaje las huellas más evidentes. Una vez cosechadas, las parcelas se abandonan a la vegetación espontánea y al ganado mayor, hasta que a juicio y conveniencia del dueño del predio se inicie, varios años después, un nuevo ciclo de cultivo.

El ganadero entonces determina la organización del espacio de acuerdo a sus intereses que son más de forraje que de grano.

Prioritariamente, la organización global del ciclo agrícola está pensada en función de las exigencias de la ganadería.

- Por una parte, su duración optimiza la producción forrajera a expensas de los cultivos: considerando que el desarrollo de la vegetación lignosa sólo es notable en estas zonas después de unos diez años, el cultivo se reinicia antes de que el bosque haya alcanzado a cubrir totalmente el mantel herbáceo.
- Por otra parte, se realiza un solo cultivo cuando las reservas útiles de fertilidad y la limitada competencia de las adventicias podrían permitir dos.¹⁸ Sobre todo, insistimos, la elección de las parcelas para desmontar y su rotación quedan a juicio de los ganaderos.

La organización económica ranchera se realiza en el seno de unidades de producción privadas relativamente extensas.

La vida económica y social se estructura en torno al binomio maíz-bovino dominado por la ganadería extensiva. Esta actividad permite utilizar la casi totalidad del excedente agrícola, lo que confirma su posición de centro rector de las actividades económicas. El cultivo del maíz constituye sin embargo la armazón del binomio. De él depende el sustento de la población en general y de los ganaderos en particular. Más significativamente proporciona los recursos forrajeros necesarios a la ganadería: los esquilmos —y a veces los pastos inducidos— que quedan en los desmontes después del maíz, además de la parte de la cosecha de granos que les toca a los animales. La superficie cultivada determina así el tamaño del espacio forrajero, la magnitud de la base forrajera, el número de animales que se pueden mantener y por lo tanto la capacidad de acumulación.

Lubricantes de un engranaje social recio

Estructuradas por la mediería y reduciendo la relación patrón-mediero a un análisis puramente económico,¹⁹ las sociedades rancheras pueden parecer de lo más desiguales y polarizadas. El mantenimiento de una división relativamente estricta del trabajo entre el mediero y su patrón le permite a éste sacar todo el provecho del diferencial de productividad entre ganadería y cultivos, aprovechándose en su totalidad la capacidad de acumulación que deriva de la organización económica ranchera. Aunque flexibles, los contratos de mediería suelen dejar a los medieros pocas oportunidades de desarrollar una ganadería en forma independiente.

Que la organización productiva de los rancheros se asiente en un control virtualmente absoluto de la capacidad de acumulación de un grupo social, que genere una fuerte diferenciación social y que, al mismo tiempo, prospere en el seno de "sociedades relativamente libres, fraternales e igualitarias"²⁰ no tiene nada de sorprendente: los contratos de mediería se negocian, son la expresión de una relación de fuerza nunca tan polarizada como lo sugiere el análisis de los fundamentos de su estructura productiva. Los procesos de regulación en los que se define esta relación operan en diferentes niveles:

- Por un lado puede observarse la intensidad de las relaciones con la sociedad mayor: el aislamiento de las sociedades rancheras y el mantenimiento de relaciones comerciales con la sociedad global propician una notable diversificación de actividades que aliviana la presión demográfica sobre la tierra y la competencia de los rancheros sin ella en busca de espacios donde residir y trabajar en su labor. Por el otro, hay que detenerse a analizar la dinámica interna: el parentesco, el interconocimiento, la similitud de los modos de vida (indumentaria, hábitos alimenticios, vivienda, trabajo, etc.), la comunidad de identidad y la adhesión de todos a un sistema de valores, relativamente homogéneo, aminoran las diferencias de estatus entre los diferentes componentes de la sociedad ranchera.
- En el mismo orden de ideas, si bien medieros y ganaderos definen los dos extremos de la estructura social ranchera, no conforman sus únicos componentes. En un nivel intermedio, los puestos de encargados o administradores —arrendatarios de ranchos— constituyen expectativas de ascensión social para los medieros —y para sus hijos,

siempre que puedan demostrar aptitudes personales. También, un estricto código de honor es reconocido y acatado por todos sin que en él medien diferencias de estatus: se podrán tener más o menos bienes materiales pero éstos no afectan a la valentía que socioculturalmente se le atribuye al hombre en los ranchos. En un mundo donde los conflictos se "deben" decidir frente a frente, entre individuos "igual de hombres" e igual de armados, la decisión de recargarse demasiado uno en otro es un asunto que se calcula detenidamente. Si bien, hasta se canta con desdén que "la vida no vale nada", todos tienen algo más que perder —sobre todo los que más recursos materiales tienen— al llevar sus conflictos a un fin fatal.

- Por último, la movilidad juega un papel atenuante en la polarización social; sin duda, las sociedades rancheras pueden caracterizarse por una elevada movilidad, tanto social como geográfica. La primera se puede observar en ambos sentidos. Por una parte, la división de los rancheros entre un número relativamente alto de herederos llega a condenar a los hijos menos afortunados de ganaderos a la condición de mediero. Por otra parte, el arrendamiento de ranchos y las alianzas matrimoniales ofrecen a los jóvenes perspectivas de acumulación nada desdeñables. Sobre todo, la movilidad geográfica ha marcado toda la historia de las sociedades rancheras que, a través de sus mudanzas, buscan alcanzar, o no perder, una posición socioeconómica a la medida y bajo la observación de sus pautas culturales. Este fenómeno no sólo se observa en las áreas que han llegado a un cierto punto de saturación, sino que también opera a la inversa: en un medio escaso de mano de obra, la capacidad de movilidad física de los medieros, arrendatarios e hijos de terrateniente en espera de herencia, llega a convertirse en una amenaza para los terratenientes capaz de sesgar la negociación de los contratos de mediería y abre a los rancheros sin tierra otras alternativas. O se consiguen mejores condiciones de trabajo localmente, o se alza el vuelo gracias a las redes que los parientes y paisanos migrantes han tejido con anterioridad en diversas direcciones.
- Al lado de estas presiones de los estructuralmente "débiles" hacia los "fuertes", viene a relativizar su correlación de fuerza una serie de alianzas de muy viejo cuño pero de mucha permanencia y asombrosa vigencia entre rancheros. En esos mundos apartados, donde no todos los rancheros

tienen rancho pero sí la necesidad de una mínima solidaridad recíproca impuesta por una cultura de marginación y aislamiento, es frecuente que los minifundistas, dueños de poco ganado, así como los que no tienen tierra pero sí algunas dos o tres vacas, practiquen una cierta aparcería de ganado pasando éste a "medias de leche" o a "medias de crías y leche" a un rancho donde se practique la ordeña. Una estrategia usual de los que tienen un pequeño hato es "prestarse" entre sí la leche de sus vacas. Esto significa que en una casa reciben la leche de las vacas de todos los demás vecinos asociados durante los días necesarios para hacer una pieza de queso o durante un periodo suficiente para elaborar todas las que le aportarían sus vacas a lo largo de la temporada de ordeña. La estrategia responde concretamente a su condición de *poquiteros* ante las exigencias en la fabricación del queso, mismas que a su vez, caen dentro de las implicaciones de vivir al margen de las vías de comunicación que impiden conectarse rápidamente con los mercados.

- Los "días prestados" es otra alianza frecuente en el trabajo de los rancheros. La baja práctica del peonaje, lo apremiante de algunas actividades y determinadas situaciones (urgencia de cosechar una parcela, hacer una cerca, moler y acarrear pastura para el ganado, etc.) o el simple gusto de acompañarse en el trabajo, propician estas relaciones entre dos o más individuos de igual o diferente estrato socioeconómico.
- La renta de predios, el intercambio y venta de pastos para algunos cuantos animales constituyen otros vínculos importantes entre rancheros. La renta es factible y más común cuando sus dueños no pueden explotarlo debido a que deciden salir del rancho. Es entonces cuando se activa el engranaje de ascenso social: se abre la oportunidad a un mediero de convertirse en administrador de rancho, posición desde la cual estará más cerca de convertirse después en propietario.
- En épocas de intenso trabajo en un rancho o cuando se presenta una situación apremiante en la que los miembros de la familia propietaria resultan insuficientes o inapropiados, se recurre a la "invitación" de algún miembro de otra familia más desocupada, apto y que esté dispuesto a pasar unos días o una temporada en ese rancho. Más frecuente que el pago de un salario es la compensación que se hace por el servicio, considerado un favor más que una relación laboral. Dicha compensación puede ser la donación de un

animal, una joya, ropa... No en pocos casos estas estadías están en el origen del matrimonio del invitado con alguien de la familia que invita.

- Otro tipo de vínculos en la familia ranchera lo constituyen las "ayudas". Éstas abundan más en casos de urgencia (enfermedades, accidentes, vencimiento del plazo de adeudos...) pero también cuando alguien de la familia desea mejorar su situación: irse al "norte" o a otro lugar, poner algún negocio propio o independizarse en su trabajo, casarse... El préstamo de dinero es muy usual. Además de aquellos que convierten el financiamiento en su principal fuente de ingresos, llegando hasta la usura, encontramos también los que están dispuestos a prestar dinero —del que ocasionalmente disponen, o que pueden obtener con mayor ventaja y rapidez— para ayudar a un familiar que lo necesita con urgencia. Aunque recibir ayudas constantes está mal visto entre los rancheros (porque crea dependencia y es símbolo de insuficiencia), las ayudas interfamiliares en caso de urgencia es algo catalogado como obligación tácita por los habitantes de los ranchos. Tal vez el saberse todos expuestos a semejantes dificultades —que requieren de apoyo de los demás en un mundo donde las instituciones oficiales de ayuda social no existen— favorece la gran disposición de apoyo mutuo y una particular solidaridad humana difícil de entender con criterios puramente mercantiles.
- Por último, es preciso destacar que estas alianzas también son en ocasiones fuente de discordias; en el límite, pueden representar eficaces mecanismos de control social. El comportamiento que cada uno tiene en estas alianzas —tanto cuando solicita ayuda como cuando la ofrece o la niega— minuciosamente registrado; desde luego, cada individuo se encarga de reinterpretar la alianza antes de describirla a los siguientes oídos. En todo caso representan experiencias que son clasificadas y asumidas como "buenas" o "malas" de acuerdo al catálogo de valores rancheros. Así van midiendo a las personas, juzgando sus actos y moviendo constantemente a cada uno de lugar en la escala social.

La regulación recíproca que representan estas alianzas se evidencia en el hecho de que todos y cada uno están pendientes de lo que hacen o dejan de hacer los demás, incluyendo a los que están lejos. De esta forma, y pese a su dispersión y aislamiento físico, nadie escapa al sentimiento y al hecho de

estar siempre tanto vigilado como tomado en cuenta por la familia y por su sociedad de origen. La fuerza de esta comunidad informal es tal vez lo que permite que algunos rancheros encuentren en sus ranchos una plena realización de su humanidad en tanto que otros muchos busquen escapar de su estrechez, convencidos de la veracidad del refrán que sentencia "pueblo chico, infierno grande".

La regulación social y las alianzas entre los miembros de las sociedades rancheras encuentran un campo especial en la convivialidad. A la convivencia cotidiana del grupo doméstico se le suma la de los pequeños grupos formados por miembros de diferentes familias en torno a las diversiones (paseos) y pequeñas actividades tomadas como tales. Entre las más comunes destacan la cacería (de hui-lotas y de venados), la recolección de frutas, la pesca o simplemente el baño en el río y los juegos (canicas, dominó, baraja, voleibol...). Sobre estas ocasiones de encuentro están las fiestas, mismas que representan en los ranchos las principales ocasiones de interacción humana entre semejantes. Contrasta con la monotonía de la vida cotidiana el gusto por el juego, las fiestas, las ferias y todo acontecimiento que altere la rutina.

A pesar de la dispersión de los grupos, los acontecimientos festivos tienen una amplia difusión y un gran poder de convocatoria entre los rancheros y alcanzan también a aquellos de sus miembros que viven fuera de la región, en pueblos y ciudades del país o de los EE UU. Incluso, cada vez es más frecuente que las fiestas en los ranchos se planeen en función de las fechas en que podrán asistir algunos de los miembros de la familia que viven lejos.²¹ El fenómeno empieza a tener reciprocidad: los que han salido de los ranchos procuran también organizar sus fiestas familiares en los momentos en que puedan asistir los familiares que permanecen en los ranchos.

Las fiestas más comunes en los ranchos son las matanzas de puerco, las bodas, los "abrazos" o fiestas de compadres y los "herraderos".²² Otros acontecimientos festivos y muy relevantes para los rancheros *desvalagados* son las visitas —normalmente mensuales— del sacerdote a alguna de las capillas de la región y la —anual, cuando más frecuente— "venida de obispo" a la cabecera parroquial. En torno a la fiesta del santo patrono²³ se organiza también la feria del pueblo. Son todos éstos motivos más que suficientes para atraer a los habitantes de los ranchos circunvecinos y a los "hijos ausentes". Son punto de reencuentro mundano entre los ran-

cheros que aprovechan para cumplir con algunos de los preceptos de la Iglesia e iniciar a los menores en sus ritos sacramentales y obligaciones: bautismos, confirmaciones, confesión, cumplimiento de la penitencia, comunión, oír misa entera, pagar diezmos, pedir consejo a los ministros de Dios y mandar celebrar misas para vivos atribulados y para el eterno descanso del alma —siempre considerada en pena— de los difuntos...

Una dimensión más de la convivialidad entre los rancheros son las relaciones económicas que se generan en estas reuniones festivas. Con ellas, se abren las posibilidades de mantener y prolongar dichas relaciones entre aquellos que se fueron —que viven fuera del espacio regional, en muy diversos lugares y realizando otras actividades— con sus co-terráneos que siguen en los ranchos, en los pequeños pueblos. Por una parte, cuando alguno de estos últimos pretende salir del terruño, aprovecha la venida de los familiares y conocidos establecidos fuera para sondear con ellos las oportunidades de trabajo, junto a ellos o con un tercero que le recomienden. Apoyar al que busca una oportunidad se asume como un compromiso moral tácito en esta cultura. El apoyo puede consistir en orientarlo, prestarle dinero, buscarle un trabajo o un negocio en la ciudad, enviarle un "coyote" a la frontera (cuando se trata de migrar hacia los EE UU), hospedarlo en su domicilio el tiempo necesario mientras encuentra el propio o se regresa al que dejó. Y por otra, los que están fuera y necesitan a alguien que les ayude en su trabajo, o que pueda beneficiarse de una oportunidad que ellos conocen pero que no alcanzan a abarcar, aprovechan estas convivencias para buscar candidatos entre sus familiares. Cuando no los encuentran inmediatamente, dejan a alguien de su confianza encargado de buscarles a quien esté dispuesto a irse y se acerque a las condiciones requeridas. Más que calificación y experiencia en el candidato se busca su apego a los valores por todos reconocidos en su sociedad o en las representaciones colectivas que de ella se hacen: tener ánimo e iniciativa, ser trabajador, honrado, serio, respetuoso, responsable, tener temor sólo a Dios...

En contraste con la amplitud y heterogeneidad del campo geográfico en que suelen moverse, los miembros de las sociedades rancheras mantienen mucha homogeneidad —que no coherencia necesariamente— en cuanto a su sistema de valores y representaciones colectivas. Obviamente su identidad

está constantemente experimentando cambios (ajustes, afirmación o desapego); sin embargo, éstos no han alcanzado a romper del todo los estereotipos en torno a las representaciones de ellos mismos, "la gente del rancho" y de los que ellos identifican como "los otros". A todo el que no cabe en el cajón de gente de rancho²⁴ se le ubica en alguna de las otras posibilidades del pequeño catálogo: "indio", "agrarista o ejidatario", "poblano", y si es *güerito* y habla raro, entonces será *gringo* sin importar el país de procedencia.

Fronda de un tronco macizo

A título indicativo haré mención de algunos de los tantos escenarios en los que actualmente proyectan su fronda las sociedades que desde nuestra interpretación son, o que en buena medida siguen siendo, rancheras. A pesar de los múltiples rumbos que han tomado, proponemos que mantienen su propia línea de continuidad respecto a sus orígenes. En general todos estos escenarios fueron o son apenas franjas pioneras: por una parte remiten a espacios geográficos vacíos, poco poblados o con débil organización de sus pobladores; por la otra, a campos de actividad—nuevos giros económicos o diferente manera de conducirlos— si no del todo libres, por lo menos con escasa concurrencia inicial. A estos lugares geográficos y campos de actividad menos saturados dirigen sus pasos las avanzadas de pioneros, de migrantes, intentando poner un orden social y económico nuevo o diferente; es decir, colonizando.

La diferencia entre esos escenarios está dada por la etapa en que se encuentra el proceso (con o ya sin frentes pioneros activos), por el grado de integración a la dinámica nacional, misma que va desde los grupos dispersos sobre ranchos serranos incomunicados hasta los pueblos y ciudades construidos por rancheros sobre importantes ejes de la red carretera nacional; por la modalidad de su expansión que apunta en dos direcciones frecuentemente combinadas: la expansión territorial hacia espacios más vacíos, con población y organización indígena o ejidal, hacia las urbes nacionales y a los EE UU, hacia otras actividades económicas.

Hemos tratado de abarcar esa diversidad actual de situaciones en las que se encuentran los rancheros

mexicanos, en los escenarios que enseguida esbozo:²⁵

- Cunas de socialización ranchera: regiones en las que se asentó e impuso (al latifundio o a la comunidad indígena), desde la conquista, el sistema de ranchos; posteriores puntos de partida de avanzadas rancheras en el proceso de poblamiento de rincones aún más apartados. Actualmente estos escenarios presentan gran alteración o hibridación en los sistemas sociales y económicos, cuya distintividad es la diversificación y especialización de actividades.²⁶ Sin embargo, sus pautas culturales mantienen mucha vigencia: movilidad, sentido de la propiedad privada, espíritu empresarial, negocios independientes de talla familiar, rusticidad o capacidad de adaptación, catolicismo, "pureza de sangre", endogamia, masculinidad, etc. El ejemplo por excelencia es la región de Los Altos de Jalisco.²⁷
- Santuarios rancheros: sierras de temprana y completa ocupación mestiza, con población escasa en asentamientos pequeños y dispersos, en muchos casos todavía al margen de la red carretera nacional y de los programas oficiales de asistencia social.²⁸
- Franjas pioneras: áreas de colonización tardía e incluso vigente (frentes pioneros activos). Son espacios en los que se van asentando progresivamente la organización, las técnicas y los valores importados por los rancheros que arriban. Un cerco móvil de ranchos constituye el frente pionero a partir del cual se está redefiniendo constantemente la frontera territorial, agrícola y cultural.²⁹
- Injertos rancheros en sociedades diversas: en realidad se trata de varios escenarios y, por tanto, presenta tantos matices como diferentes son las sociedades en las que se injertan los rancheros. Sin embargo, mantienen en común el proceso: los pioneros o avanzadas de la sociedad ranchera que logran acomodarse al nuevo medio, las olas de sus coterráneos que les siguen y se les van sumando, el dominio progresivo de los grupos locales, su papel de intermediarios—posición de bisagra—entre éstos y los otros grupos incluyendo a las instituciones del Estado y eclesiásticas, la toma del poder político.³⁰ Esquemáticamente distinguimos tres troncos a los que los rancheros se encuentran injertados: las comunidades indígenas, las ejidales y el difuso medio urbano. Solamente nos detendremos un poco en uno de los injertos rancheros en el medio urbano, a fin de

ilustrar, con un caso actual y muy conocido, la continuidad de un antiguo sistema de representaciones, más allá de los cambios de residencia y de actividad de los miembros de las sociedades rancheras.³¹ El que hace su negocio financiando la industria del helado en el Distrito Federal, donde desde hace tiempo vive, no tiene liga aparente con la sociedad ranchera. Sin embargo, si rastreamos su procedencia, la forma de operar su negocio y las tácticas para llegar a donde está, así como el origen de su capital, empiezan a aparecer los vínculos: muy bien puede tratarse de la familia de un viejo pionero del rancho o del pequeño pueblo que desde hace algunas décadas se trasladó (movilidad) a la gran ciudad en busca de alguna oportunidad. Allí comenzó con un insignificante negocio de paletas (actitud emprendedora). Después de algunos fracasos, la prosperidad del nuevo negocio le permitió establecer su *modus vivendi* y atraer a sus familiares, y con ellos, empezar la expansión (redes familiares). A éstas se les van sumando los coterráneos dispuestos a probar suerte; empezarán como aprendices del oficio para luego ir tratando de conseguir su propio "negocio" independiente (ideal ranchero). Gracias a estos aprendices, los pioneros construyen el peldaño siguiente de su ascenso: van dejando "a partido" en los recién llegados la elaboración y venta de helados para dedicarse principalmente a la instalación de paleterías pensando en aquellos que sucesivamente atraerán.

Como los recién llegados no contaban con el dinero ni con la convicción suficientes para pagar de contado el "negocio", y debido a que pocos de ellos estaban dispuestos a trabajar por un salario, ni tampoco el dueño consideraba eso digno para sus familiares y paisanos que "ayudaba" (compromiso cultural tácito de echar la mano al pariente y rechazo al modelo salarial), pedían los establecimientos de acuerdo a las relaciones acostumbradas en las negociaciones de los ranchos: "a partido" (mediería), en renta (rentismo) o en venta con facilidades de pago y, desde luego, con sus respectivos —generalmente altos y renegociables— intereses. Entonces, reproduciendo hasta donde es posible el modelo de los ranchos, los trabajadores más hábiles y menos escrupulosos lograron convertirse rápidamente en dueños de los negocios, mientras que los más entumidos siguen trabajando "a partido" y aún asalariados pero sin descartar jamás las miras de inde-

pendizarse algún día, si no ellos mismos, sí sus descendientes. O bien, cambiar de rumbo...

Esta situación, en tanto ampliaba y estratificaba a los paleteros, permitió a muchas de las familias pioneras, antes del paso de una generación, pasar del eslabón de instaladores de heladerías al de financiadores de la industria. Así, sobre la marcha se vinieron construyendo los peldaños en el ascenso económico y social redefiniendo su estratificación. La expansión por cuenta y riesgo de cada paletero, es decir, sin ninguna organización gremial formal ni dependencia comercial entre ellos, ha alcanzado e incluso rebasado a todas las ciudades y los pueblos del país en menos de 50 años. Dos casos son notables: los helados Regia difundidos por los oriundos de Mexxicacán, y las paleterías La Flor de Michoacán o La Michoacana de Tocombo y de su rumbo.³²

Sin proponérselo, y no sin serias disputas que siguen enfrentándolos cara a cara y regulándolos socialmente, como lo aprendieron en el rancho, se han subdividido imaginariamente el territorio urbano del país. Han abierto el abanico de posibilidades con negocios especializados ligados a la industria del helado que incluso comienzan a desbordarla: el financiamiento, la venta de materias primas, de equipo y muebles para paleterías, la contabilidad, otros negocios de productos alimenticios... Cierto, han mantenido los vínculos con sus lugares de procedencia; en ellos se dan cita, en las ferias anuales que organizan, dinamizando así la vida local, retroalimentando su cultura y creando expectativas para los demás miembros de su sociedad.

Gracias a la experiencia comercial adquirida en la rama alimenticia, han logrado excelentes cambios de actividad, como es la instalación de pequeños restaurantes con venta de pollos asados o taquerías con el revelador nombre de Los Pioneros; el ritmo de aparición de los mismos calca lo que sucedió con las paleterías. No es raro encontrarse hoy —tanto en México como en los Estados Unidos— con importantes "cadenas" comerciales (cuyos eslabones se mantienen abiertos), que ayer eran sólo pequeños comercios impulsados por una familia procedente del rancho. *

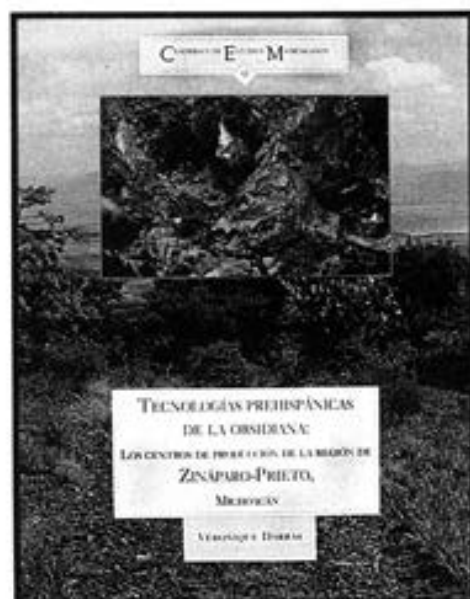
Notas

1 Aquéllas concebidas a partir de un tipo ideal de sociedad campesina, por oposición a los "salvajes" de un lado y a los "agricultores" en sociedades urbano-industriales del otro (cf.

- Redfield 1956; Wolf 1966 y Mendras 1976). En cuanto a los debates sobre sus posibles destinos –multiplicación, desaparición, renacimiento– cf. Folidori 1981; Lucas 1982 y Kayser 1989, entre muchísimos otros (cf. Zepeda, E. 1988: 16-20).
- 2 Cf. Semo 1988: 89.
 - 3 González 1968: 27.
 - 4 González 1982: 20.
 - 5 Florescano 1973 [1969]: 57.
 - 6 Esta conquista inicia hacia 1546, año en el que se descubren las minas de Zacatecas, “puerta” hacia el norte y hacia el descubrimiento de las demás ricas minas de allá.
 - 7 Florescano 1973: 48. Chevalier 1985 [1956]: 83.
 - 8 Como era usual, a los soldados de a pie en los combates se les concedieron “peonías” y a los de a caballo “caballerías”; éstas fueron las más numerosas; incluían tierras de labor para la siembra de trigo (diez fanegas), para la de maíz (diez fanegas), las destinadas para el cultivo de hortalizas y las de agostadero para mantener veinte vacas, cien borregos, veinte cabras y diez chivos.
 - 9 Florescano 1973 [1969]: 59.
 - 10 Cf. Gerhard 1986: 27-28.
 - 11 Chevalier, citado por Gerhard 1986: 28.
 - 12 Gerhard 1986: 28.
 - 13 Evidentemente que este tipo de sociedades no se restringe tan sólo a México. De manera genérica y constante se les encuentran homólogas, con diversos nombres y variantes regionales, en toda América Latina. En sus orígenes se compusieron de todos los individuos escurridizos que rechazaban y huían de la nueva y violenta sociedad que se estaba perpetrando en las Indias. “Africanos que no querían ser esclavos; indios, mestizos y mulatos, jurídicamente libres, que no aceptaban la cultura occidental; blancos, criollos o recién llegados del viejo continente, refractarios a la moral, gentes de su misma etnia, se refugiaron en distintos santuarios, en lugares más o menos recónditos donde escapar de la represión”. En todos los casos se trata de los precursores de vigorosas y originales sociedades a las que Ángel Quintero ha llamado “cimarronas” y a las que Izard se refiere con el nombre de “arrocheladas”. Cf. Izard 1988: 27.
 - 14 Desde fines del siglo XVIII, el término rancho abarcaba dos clases diferentes de empresa. Un rancho o bien podía ser un próspero agricultor comercial, ayudado por varios peones o, por otra parte, podía ser un pequeño propietario quien con uno o dos acres de tierra a duras penas ganaba su sustento. Brading 1988: 126 y 260. Todavía hoy se registran en el país más de 100 000 localidades con menos de cien habitantes cada una (INEGI). En su mayoría corresponden a ese tipo original de ranchos diseminados principalmente en las sierras de ocupación mestiza.
 - 15 Semo 1988: 101-104.
 - 16 Semo 1988: 105.
 - 17 Cf. Cochet 1991.
 - 18 Como se observa cuando aumenta la presión –familiar o social– sobre los montes, sea porque el individuo no tiene la tierra suficiente para rotar adecuadamente la parcela, o bien, por un aumento de medieros tal que no alcance a permitir una mínima regeneración de los montes.
 - 19 Es decir, disociar el sistema de producción del amplio conjunto de reglas de sociabilidad y del sistema de valores que las permea.
 - 20 Cf. González 1990. Se trata de interpretaciones opuestas sobre la diferenciación social al seno de estas sociedades: en un extremo está la referida y, en el otro, la de Hubert Cochet 1991. Por mi parte considero extremas estas interpretaciones porque no toman en cuenta suficientemente los mecanismos de regulación social que enseguida abordo.
 - 21 Es significativo que las ferias y fiestas de gran parte de los pueblos de Occidente se concentren en invierno, justamente cuando muchos emigrados van a pasar unos días con sus familiares, en su terruño. Estas fiestas se han convertido en una bienvenida a “los hijos ausentes” y de aquí van pasando cada vez más a ser grandes ferias comerciales en torno a un producto distintivo local: La Feria de la Paleta en Tocumbo, de la Caña en Los Reyes, del Aguacate en Peribán, de la Fresa en Jacona, etcétera.
 - 22 Barragán 1990: 47-50.
 - 23 Los santos patronos son, cada vez más, sustituidos por los “santos productos” en torno a los cuales gira la economía de cada pueblo.
 - 24 O que teniendo este origen, presenta un comportamiento diferente al esperado por sus paisanos.
 - 25 Un mayor detalle de estos escenarios ha sido publicado en Barragán 1997: 149-158.
 - 26 A este respecto puede consultarse el trabajo de Arias (1993). Los primeros se refieren a los cien precedentes años de la porcicultura y de la avicultura del Bajío y de Los Altos de Jalisco, y el segundo trata el asunto de las maquiladoras en esta última región.
 - 27 Y en buena medida gran parte del Bajío por imbricación debido no sólo a su proximidad sino a que el Bajío no es homogéneo: la representación de él como “un empaque de huevos” (hecha por Luis González, 1980) evidencia la gran cantidad de espacio serrano que se eleva entre sus valles, espacio que al igual que el de los Altos de Jalisco y demás sierras, lomeríos y mesetas onduladas, ha sido baluarte de las sociedades rancheras.
 - 28 Los confines de Jalisco y Michoacán ilustran este escenario (Barragán 1990).
 - 29 Frecuentemente en detrimento del mundo indígena. Como ejemplos podemos citar el caso de la costa michoacana estudiado por Cochet (1991) y una investigación en curso sobre los huicholes, a cargo de Jesús Torres en el marco de la maestría, Centro de Estudios Rurales de El Colegio de Michoacán.
 - 30 Un trabajo preciso y muy bien logrado sobre este aspecto es el de Hoffmann, 1993.
 - 31 El caso de los migrantes del corazón de las sierras limítrofes de Jalisco y Michoacán instalados en los EE UU, comienza a ser explorado por Martha Chávez en el marco del doctorado ESSOR de la Universidad de Toulouse-Le Mirail. Otros muchos casos han sido publicados en Barragán, *et al.* (coords.) *Rancheros y sociedades rancheras*, 1994.
 - 32 Significativamente, ambos municipios están todavía hoy caracterizados por gran abundancia de ranchos, por su actividad agropecuaria y por la baja densidad de población, toda mestiza. Los habitantes de aquel rumbo de Tocumbo (extremo occidental de Michoacán) son descendientes de los pobladores de los Altos de Jalisco (donde está Mexxicacán) que en olas migratorias –referidas en el trabajo– se fueron expandiendo del centro hacia la Costa del Pacífico, quedando repartidos en los más recónditos lugares de esas sierras (cf. Cochet 1991). Todo el ejemplo de la industria del helado está basado en el estudio de González De La Vara, 1993. Este trabajo destaca con mucha claridad la manera de integración de los rancheros a la vida económica de las grandes urbes.

Bibliografía

- Arias, Patricia 1992 - *Nueva rusticidad mexicana*. Conaculta, México.
- 1993 - De recolectores a porcicultores: cien años de ganadería porcina en Guanajuato, Jalisco y Michoacán. En Thierry Linck (ed.) *Agricultures et paysanneries en Amérique Latine*: 97-102. ORSTOM, París.
- Barragán, Esteban 1990 - *Más allá de los caminos*. El Colegio de Michoacán, Zamora.
- 1997 - La rancherada en México SA de CV. *Relaciones* 69: 121-162. El Colegio de Michoacán.
- Brading, David 1988 - *Haciendas y ranchos del Bajío. León 1700-1860*. Grijalbo, México.
- Cabrera, Luis Felipe 1994 - Los rancheros y la engorda de las tierras flacas: 301-325. En Barragán et al. (coords.) *Rancheros y sociedades rancheras*: 301-325. El Colegio de Michoacán, ORSTOM y CEMCA, Zamora.
- Cochet, Hubert 1991 - *Alambradas en la sierra*. CEMCA, ORSTOM Y El Colegio de Michoacán, México.
- Chevalier, François 1985 [1956] - *La formación de los latifundios en México*. FCE, México.
- Florescano, Enrique 1973 - Colonización, ocupación del suelo y "frontera" en el norte de Nueva España, 1521-1750. *Tierras nuevas, expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos XVI-XIX)*: 43-76. El Colegio de México, México.
- Folidori, Guillermo 1981 - *Polémica en torno a las teorías del campesinado*. ENAH, INAH, México.
- Gerhard, Peter 1986 - *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*. UNAM, México.
- González de la Vara, Martín 1989 - *Historia del helado en México*. Maass y Asociados, México.
- 1993 - Rancheros en las ciudades: organización productiva de los heladeros de Mexxicacán y Tocumbo. En Barragan et al. (coords.) *Rancheros y sociedades rancheras*: 287-299. El Colegio de Michoacán, ORSTOM y CEMCA, Zamora.
- González, Luis 1968 - *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. El Colegio de México, México.
- 1980 - *Michoacán*. Fonapas, Morelia.
- 1982 - Comentarios a la ponencia de François Chevalier. En H. Moreno (coord.) *Después de los latifundios*. El Colegio de Michoacán y Fonapas, México.
- 1990 - Entrada a los ranchos sin camino. Prólogo del libro de E. Barragán *Más allá de los caminos*: 13-19. El Colegio de Michoacán, Zamora.
- Hoffmann, Odile 1994 - Rancheros y notables en Veracruz: su actuación política en las sociedades locales. En Barragan, et al. (coords.) *Rancheros y sociedades rancheras*: 219-236. El Colegio de Michoacán, ORSTOM y CEMCA, Zamora.
- Hurtado, Edgar 1994 - Rancheros en Aguascalientes. En Barragan, et al. (coords.) *Rancheros y sociedades rancheras*: 173-188. El Colegio de Michoacán, ORSTOM y CEMCA, Zamora.
- Izard, Miquel 1988 - *Orejano, cimarrones y arrochelados*. Senadai, Barcelona.
- Kayser, Bernard 1989 - *La renaissance rurale*. A. Colin, París.
- Linck, Thierry 1994 - La formation du Mexique urbain, l'emprise discrète des sociétés rancheras. *Recuents 3, L'Ordinaire. Mexique, Amérique Centrale* 151, Toulouse.
- Lucas, Ann 1982 - El debate sobre los campesinos y el capitalismo en México. *Comercio Exterior* (32) 4.
- Mendras, Henri 1976 - *Sociétés paysannes*. Armand Colin, París.
- Orozco, Gabriel 1994 - Maquila, trabajo femenino y género en los Altos de Jalisco. Las trabajadoras de Copilla de Guadalupe ante la modernidad. En Barragan et al. (coords.) *Rancheros y sociedades rancheras*: 273-286. El Colegio de Michoacán, ORSTOM y CEMCA, Zamora.
- Redfield, Robert 1956 - *Peasant Society and Culture*. The University of Chicago Press, Chicago.
- Semo, Enrique 1988 - Haciendas, campesinos y rancheros. En *Historia de la cuestión agraria mexicana, el siglo de las haciendas 1800-1900* (I): 86-164. Siglo XXI y CEHAM, México.
- Wolf, Eric 1966 - *Peasants*, Prentice Hall, New Jersey.
- Zepeda, Jorge 1988 - Los estudios sobre el campo en México. En Zepeda (ed.) *Las sociedades rurales hoy*. El Colegio de Michoacán, Zamora.



CEMCA

Tecnologías prehispánicas de la obsidiana: Los centros de producción de la región de Zináparo-Prieto, Michoacán

Veronique DARRAS

- Capítulo I. La obtención de los datos
- Capítulo II. El marco cronológico
- Capítulo III. La obsidiana de la región de Zináparo-Prieto
- Capítulo IV. La obtención de la obsidiana: Entre el trabajo minero y las recolecciones de superficie
- Capítulo V. Evaluación cuantitativa de la producción
- Capítulo VI. Las actividades de talla: Los objetivos y la metodología
- Capítulo VII. Las actividades de talla: Los resultados
- Capítulo VIII. Sinopsis de un centro de explotación de obsidiana
- Capítulo IX. La función de los sitios de habitación